

Discurso y Educación

El poder transformador de la palabra

Merlina Laborevich

Alumna avanzada del Profesorado en Comunicación Social, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Integrante de la Cátedra Lingüística y Métodos de Análisis Lingüístico, FPyCS, UNLP.

De la palabra a la acción

El discurso que circula en muchos ámbitos educativos da cuenta de cierta apatía reflejada en los alumnos durante el proceso de su formación.

La idea es, a partir de vislumbrar esta cuestión, pensar qué podemos hacer desde nuestro rol docente para contribuir a una posible transformación en ese sentido.

Es sabido que por diversas razones que tienen que ver con la realidad económica, política y social que nos atraviesa, los jóvenes de hoy viven a diario una fuerte sensación de desmotiva-

ción que se pone de manifiesto en su accionar cotidiano. La imagen de un futuro que logre contenerlos y en el cual puedan llegar a plasmar los conocimientos adquiridos, es cada vez más incierta; y considero que, como educadores, no podemos estar ajenos a esta preocupación que tanto los afecta, ya que el proceso de formación es integral, y el no considerar la existencia de otros elementos que de hecho conviven con lo que suponemos meramente educativo, sería un error. Según el pedagogo Paulo Freire, “El aprendizaje es el resultado de múltiples inscripciones, de marcas deseantes, instituciona-

ntersecciones: voces femeninas y campo social. Política, educación, arte.

les, cognitivas, históricas, culturales, económicas, grupales, etc.”

Sin embargo, atender a cuestiones que van más allá del núcleo de lo curricular, es una tarea delicada y no siempre creemos estar debidamente capacitados para llevar adelante tal función.

Desde esta perspectiva, es interesante tener en cuenta algunos ejes fundamentales que me permito proponer como disparadores hacia una reflexión.

Las complejidades en el proceso de formación

En primer lugar, creo pertinente no ver al alumno sólo como un sujeto de la educación, sino, primordialmente, como un sujeto social, entendiéndolo que como tal se encuentra interceptado por una multiplicidad de factores que se hacen presentes de manera constante en su recorrido educativo, atentando en muchas oportunidades la dinámica misma de este proceso.

Concibiendo a la institución educativa inserta dentro del entramado social, sería imposible pensar en dos dimensiones separadas, ya que en la práctica el cruce está dado en forma permanente.

Los problemas básicamente económicos y familiares conviven, sin lugar a dudas, con los educativos. Las inquietudes y preocupaciones que en relación a esto se generan, conforman un escenario cargado de complejidades, que se ponen de manifiesto en las actividades que intentan llevarse a cabo en el contexto educacional.

De todas formas, es precisamente en este lugar en donde debe primar la intención de un cambio, ya que el aula es el espacio del accionar concreto.

La concepción de cierta modificación respecto a debilidades educativas no debe, necesariamente, pensarse desde lo general a lo particular, sino al revés. En este sentido, tomar como punto de partida aquello que ocurre en torno a lo cotidiano, desnaturalizando la mirada respecto a las pequeñas cosas que suceden en el escenario de la interacción, contribuirá en gran medida a una primera aproximación de lo que intentará luego llegar a consolidarse como una suma de pequeños cambios concretos. Resignificaciones que nos permitan correrlos de un lugar tradicional a otro, tal vez, más innovador.

De nada sirve quedarse única-

mente en la crítica, aunque detectar el conflicto sea el primer paso para empezar a cambiarlo. Si asumimos el rol que ocupamos y entendemos que deberíamos ser los docentes los generadores de nuevas formas de pensar la educación, entonces, sólo nos queda comenzar a actuar.

“El aprender y la relación con el otro pierden su carácter obvio y natural, y se transforman en interrogantes. Se inaugura desde esa reflexión crítica la posibilidad de desarrollo de nuevas formas de aprender a aprender, de construirnos como sujetos de conocimiento”, afirma Freire.

La noción de alumno desde la perspectiva liberadora

Entre las resignificaciones que mencionaba anteriormente, y a modo de un segundo eje, considero que debe estar presente la intención de redefinir el lugar del alumno. No continuar alimentando el imaginario de jóvenes despreocupados a los que nada les interesa, sino por el contrario, posicionarlos de un modo más positivo con la finalidad de fundarles una mayor confianza en sí mismos.

Tal objetivo puede anclarse en el marco de la concepción de educación que plantea Freire, quien define dicho proceso como algo que se realiza en forma conjunta entre el docente y los alumnos. Su teoría se basa en considerar que el aprendizaje se construye entre todos los sujetos implicados, dejando al margen la arraigada idea de que el educador es

De nada sirve quedarse únicamente en la crítica, aunque detectar el conflicto sea el primer paso para empezar a cambiarlo.

el único portador del saber, el encargado de transmitir sus conocimientos a los educandos cual *recipientes vacíos* que debemos llenar. “Los hombres se educan en comunión y el mundo es el mediador”.

Retomar esta idea nos permite comprender que los aportes de los alumnos contribuyen sin duda a nuestra propia formación, alimentando de este modo la misma práctica docente.

De esta manera, resulta fundamental trabajar desde sus saberes previos, con el propósito de valorar el bagaje cultural con el que cuentan los jóvenes, encaminando el ejercicio hacia el enriquecimiento y la reafirmación de esos contenidos que han ido incorporando durante su recorrido, tanto en el ámbito educativo como fuera de éste.

“La educación problematizada, comprometida con la liberación, se empeña en la desmitificación. En la medida en que sirve a la liberación, se asienta en el acto creador y estimula la reflexión y la acción verdaderas de los hombres sobre la realidad, como seres que no pueden autenticarse al margen de la búsqueda y de la transformación creadora”.

Herramientas para una construcción individual

Un tercer eje estaría orientado a la idea de Freire que define al docente como *coordinador*, siendo éste el encargado de otorgar a los alumnos no sólo determinados contenidos, sino, básicamente, los elementos necesarios para que sean ellos quienes los descubran. En este sentido, el alumno se posiciona de manera mucho más activa dentro

de este proceso, siendo así no un mero receptor pasivo sino más bien protagonista.

En la implementación de esta dinámica lo que subyace es la modalidad, dejando en un segundo plano a los contenidos. La educación ha pasado a tener desde esta óptica una presencia no solamente temática sino también articuladora y estratégica.

“Enseñar no es transferir conocimiento sino crear las posibilidades para su propia construcción”. Desde este enfoque, y teniendo presente la preocupación latente en los jóvenes respecto de la no muy prometedora salida laboral, resulta interesante pensar que la Facultad, como institución educativa, cumple la función de brindar a los educandos determinadas herramientas, mientras que la formación personal es un proceso mucho más complejo que se construye en la interacción con otras instituciones sociales.

No se puede pensar al espacio educativo como responsable de la falta de empleo ni pretender que sea aquél el encargado de revertir la conflictiva inserción en el mundo del trabajo profesional. Quedarse en este supuesto no hace otra cosa que paralizar el accionar cerrando los caminos hacia otras posibles alternativas.

Basado en esta mirada, cada sujeto elegirá el modo de apropiarse de los contenidos que vaya considerando funcionales a cada etapa de su formación. Cabe destacar que la interpelación no siempre se manifiesta en el instante de incorporación de determinados conceptos, sino que el impacto y asimilación de lo adquirido puede provocarse en cualquier momento de la vida,

siendo éste un proceso estrictamente individual.

Es pertinente tomar en este sentido la noción de *matriz de aprendizaje* que propone destacar la modalidad con la que cada sujeto organiza y significa el universo de su experiencia, contribuyendo de este modo a la conformación y consolidación de su universo de conocimiento. Al respecto, A. Quiroga señala: “Esta matriz o modelo es una estructura interna, compleja y contradictoria, y se sustenta en una infraestructura biológica. Está socialmente determinada e incluye no sólo aspectos conceptuales sino también afectivos, emocionales, y esquemas de acción”.

El aporte de lo discursivo como eje transversal

Retomando lo planteado al comienzo, quisiera articular los ítems presentados, con un eje que actúa de manera transversal a los mismos. Me propongo considerar por qué es pertinente tener en cuenta el discurso para pensar la educación y las problemáticas que al interior de la misma se suscitan; entender cómo actúa lo discursivo a la hora de construir el espacio educativo y los sujetos que en el mismo intervienen; y destacar la importancia de éste en el proceso de formación.

Por otra parte, y en relación al disparador inicial, me interesa sostener la idea de una posible transformación respecto al “tipo de alumno” que se construye actualmente dentro del ámbito de educación formal.

Considerar a la educación como una práctica social, entendiendo que toda práctica es significada,

por lo tanto discursiva, conlleva a pensar que durante el proceso de formación, el sujeto involucrado se encuentra atravesado por una multiplicidad de discursos, que sin ser únicamente educativos en un sentido formal, contribuyen sin lugar a dudas en la construcción de su proceso de formación.

En muchas oportunidades, estos discursos interpelan a los sujetos de manera negativa, perjudicando o debilitando las condiciones en las que se desarrolla el aprendizaje. Por este motivo concibo importante no desatender la implicancia de otros discursos que circulan en la sociedad, dado que es precisamente la convivencia y el cruce de los mismos, lo que nos permite visualizar al alumno inmerso dentro de un entramado en el que paralelamente con otras prácticas, tiene lugar la educativa. Visto de este modo, se concibe al joven como un sujeto social no sólo educacional, que como tal es interpelado desde diferentes lugares.

Cabe destacar que la idea de discurso a la que refiero se basa en la noción que plantea Buenfil Burgos, quien no se limita a pensar en un discurso hablado o escrito necesariamente, sino a cualquier tipo de acto que involucre una relación de significación.

Si ver a lo educativo como proceso social implica pensarlo también por fuera de los límites de la institución formal, analizar el discurso educativo en este sentido, es entenderlo desde la misma lógica. En palabras de Buenfil Bur-

gos, “El concepto de discurso es además, potencialmente fructífero en el estudio de la educación porque permite interpretar la forma como diversos procesos y objetos se articulan en una cadena de significaciones que impregnan las diversas instancias de la dinámica social.”

Por otra parte, me interesa resaltar el lugar de los sujetos que entran en juego en el momento de construcción del conocimiento centrando mi mirada en el docente que, como principal portador del discurso educativo, es quien, a mi entender, cuenta con la posibilidad de llevar a cabo una transformación.

Teniendo en cuenta que “el discurso educativo puede analizarse desde la perspectiva de su producción (cómo se genera, quién interviene, con qué fines explícitos, dentro de qué condiciones, etc.) y desde su recepción o consumo (qué sujetos lo reciben, en qué condiciones, cómo se lo apropian, qué efectos tiene en su práctica cotidiana, etc.)” priorizaría la instancia de construcción del mismo destacando el papel del educador como generador de potenciales cambios.

Pensar al docente como el ser empírico de dicho discurso y a los educandos como destinatarios directos conlleva a enfocarnos en el proceso de elaboración, que requiere considerar las características del grupo de modo que el discurso logre la interpelación deseada.

Tal implementación está básicamente centrada en el uso de la palabra; la palabra como funda-

dora de acción. De este modo se pueden poner en práctica, desde lo discursivo, actividades concretas.

La lengua como materia prima del discurso y herramienta fundamental para llevar a cabo tal propósito, será el hilo conductor que guíe la práctica dentro del espacio educativo. “Lo que concierne específicamente a un proceso educativo consiste en que, a partir de una práctica de interpelación, el agente se constituya como un sujeto de educación activo incorporando de dicha interpelación algún nuevo contenido valorativo, conductual, conceptual, etc., que modifique su práctica cotidiana en términos de una transformación”. Es así como surge la posibilidad de re-significar tanto el espacio como los sujetos que actúan y se desarrollan en él, desde la palabra y de cara a la acción.

“No hay palabra verdadera que no sea una unión inquebrantable entre acción y reflexión y, por ende, que no sea praxis. De ahí que decir la palabra verdadera sea transformar el mundo”, sostiene Jesús Martín Barbero.

La posibilidad de revertir la realidad cotidiana que posiciona a los alumnos a priori como apáticos, está mucho más cerca de nuestro alcance de lo que en verdad creemos. Podemos ser constructores de una manera diferente de concebir la educación, reivindicando el rol de los sujetos implicados en dicho proceso. Para esto es indispensable centrarnos en el uso discursivo con la idea de transformar desde aquí esa mirada cargada

de negatividad que colma de tensiones el espacio del aula atentando directamente contra el proceso de aprendizaje.

Para Buenfil Burgos, “Si se parte de que toda configuración social es significativa, es impensable alguna posibilidad de con-

vención social al margen de todo proceso de significación. Independientemente del tipo de lenguaje de que se trate, la necesidad de comunicación emerge paralelamente con la necesidad de organización social. Discurso se entiende en este senti-

do como significación inherente a toda organización social”.

Al trabajar desde el lenguaje, intentando así modificar el discurso, simultáneamente estaremos en presencia de una transformación frente a las debilidades educativas.